

RECUERDO DE ANTONIO SEGURA

La Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla formaba a fines de los setenta un conjunto abigarrado. Pero de todas las personalidades que la poblaron por aquella época, ninguna tan extraordinaria como la de Antonio Segura Ferns. De aventajada estatura y anchas espaldas, no parecía estar allí en su lugar natural: con su bigote fascista y su atuendo en el que no faltaba nunca la corbata ni el chaleco, uno hubiera esperado encontrarle más bien en las oficinas de un ministerio o en los despachos de alguna empresa. De hecho, Antonio era lo que se dice una *vocación tardía*. Después de dedicarse a la química y otras actividades productivas, había decidido consagrar su madurez a la vida teórica, y por eso estaba entre nosotros. Y a pesar de su pinta de señor de otra época (exhibía, eso sí, una buena forma envidiable), cayó estupendamente en todos los estamentos del centro, entonces todavía ubicado en la calle Gonzalo Bilbao.

Él, desde luego, no escondía sus convicciones ni se hacía rogar a la hora de manifestarlas, pero tenía el atractivo de lo sincero y genuino. Su encanto radicaba en el hecho de no tener ni un solo átomo de hipocresía, en que era muy capaz de escuchar a sus interlocutores, y en que poseía una mente despierta, potente, caudalosa. Nos enseñó que la palabra “doctrinario” podía tener un sentido bueno y aceptable. Proclamaba, como recuerda Antonio Urzaiz en su necrológica, que la guerra civil seguía siendo para él la “santa cruzada”, pero al mismo tiempo centraba su tesis doctoral en el pensamiento de Karl Marx. Nos decía que el amor filosófico de su vida era Tomás de Aquino, a cuya *Summa* dedicaba todas las noches un tiempo antes de dormirse, pero confesaba que Hegel era una especie de *otra* a la que no tenía por qué renunciar. Sobre todo, nunca perdía la calma ni el buen humor si topaba con alguien que pensara de manera diametralmente opuesta a él. Creo que lo veíamos como una especie de saltador de pértiga que había conseguido salvar el abismo generacional que nos separaba de nuestros padres, y que nos acompañaba a *la Parrapa* y otros bares del entorno de Puerta Osario para discutir hasta la extenuación sobre lo divino y lo humano. Había logrado de alguna forma desentrañar el secreto de la eterna juventud, una juventud enriquecida por infatigables lecturas y las más variadas experiencias, como cuando se

vio envuelto en una especie de revolución en Paraguay. En cambio, eran indetectables en su caso las inercias, manías y acartonamientos que suele traer consigo el paso de los años.

Recuerdo en particular su presencia en un congreso de la Sociedad Andaluza de Filosofía en Baeza. Antonio estaba presente en todos los corrillos, intervenía en todas las conversaciones. Siempre tenía a punto comentarios atinados, preguntas pertinentes, defensas bien pergeñadas de sus puntos de vista. Sabía combinar lo enjundioso con lo anecdótico, para lo cual tenía un particular gracejo. Una vez nos contaba uno de sus hallazgos de rarezas bibliográficas y remató la anécdota sentenciando: “Por esa edición que os digo no me importaría dar un brazo de Ramón Queraltó...” Al aludido, que estaba presente, ni se le ocurrió torcer el gesto: eran las cosas de Antonio...

Con aquel modo de ser, su presencia resultó una especie de principio catalítico para la vida de la Facultad. Primero como estudiante de licenciatura, luego como doctorando y finalmente como profesor hizo que aumentaran las ganas de hacer bien las cosas en todos los que tenía cerca. Su vida académica fue por desgracia corta, ya que apenas hubo un lapso de tres años entre la lectura de su tesis y la llegada del retiro. Pero supo aprovechar el tiempo, ¡y de qué modo! Hubo una ocasión en que casi se puede decir que estuvo épico. Se celebraba en Sevilla (mejor dicho, en Bormujos) uno de aquellos congresos de Filósofos Jóvenes. El conferenciante principal era Ernst Tugendhat, figura prominente de la filosofía alemana. Habló sobre la posibilidad de construir la ética sin el apoyo de la metafísica, una de las aversiones favoritas de Antonio. Nada más terminar la exposición, allá levantó él la mano y después toda su humanidad. Más de uno temió que intentara fulminar al herético filósofo con algún rancio argumento o la cita de un escoliasta pleistocénico. Pero, ¡qué va! Sacó a relucir el teorema de un matemático de Chicago que demostraba la imposibilidad de encontrar una síntesis óptima para un conjunto de opiniones sociopolíticas divergentes. Razonó que, en consecuencia, si las partes no renuncian a sus intereses egoístas por mor de un valor superior, no hay forma de codificar la convivencia. Aquello era un torpedo en la línea de flotación de la tesis propuesta. Ignoro si el teorema de marras era aplicable al caso o no, pero el desconcierto que produjo en el ponente fue antológico. Balbuceó que no conocía el fondo del asunto y que tendría que estudiarlo más detenidamente. Fue como si de nuevo David hubiera conseguido acertar en la cabeza de Goliath.

Ya jubilado, Antonio Segura continuó siendo un asiduo visitante de la Facultad, ejerciendo siempre como misionero de la metafísica y de la libre

empresa. Se hubiera dicho que era un defensor a ultranza de causas perdidas, si no fuera porque en las más tangibles demostraba palpablemente lo contrario: nos enseñaba a rentabilizar nuestros ahorros y hasta el más izquierdista de la casa seguía en esto sus consejos. Recuerdo que le confié un millón de pesetas que había recibido de una herencia y él me lo convirtió en un millón doscientas mil, tras un período de incubación en las arcas de *Iberagentes*, donde trabajaba como militante de base del capitalismo.

Hay que reconocer, sin embargo, que en otros frentes remaba decididamente contra los vientos de la historia. Pero lo hacía con tal optimismo y deportividad que nadie se lo tomaba a mal. A mí, que tengo en casa cierto breve de Isabel II agradeciendo a un antepasado los servicios prestados a la causa liberal en la guerra carlista, me suscribió al boletín de la Comunidad Tradicionalista sevillana. Y así sucesivamente.

Cuando ya los años hicieron sentir su peso inexorable, todavía le veía del brazo de Mercedes por San Bernardo o San José. La última vez le pregunté cómo se encontraba y me espetó: “Muy viejo, Juan, muy viejo.” Pienso que sería por fuera nada más. Ahora que se nos ha ido definitivamente, lo presiento afanoso preparándonos una cálida recepción en el otro lado. Allí nos veremos, Antonio.

Juan Arana